



## Jueves Santo 2016

San Juan comienza su relato del lavatorio de los pies de una forma solemne: *"Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo "* (Jn 13, 1).

El evangelista indica que ha llegado la "hora" de Jesús, hacia la que se orientaba desde el inicio toda su misión. El contenido de esta "hora" viene expresado con dos palabras: PASO y AMOR, que se refieren la una a la otra. Las dos describen juntamente la Pascua de Jesús, su cruz y resurrección. La cruz es vista por Juan como una elevación, para atraer a todos hacia sí. Es un <sup>44</sup>"paso" a la gloria de Dios, un "pasar" de este mundo al Padre. Pero este paso lleva consigo una transformación; no es como si Jesús, después de una breve visita al mundo, al modo de un turista, simplemente partiera y volviera al Padre. Jesús no ha venido a este mundo a ver en qué nos entretenemos sus habitantes; ha venido a compartir nuestra vida. Para ello, se ha despojado de su condición divina y ha asumido la condición de vida de un hombre cualquiera, incluso del sometido a la muerte más ignominiosa. Por ello, al pasar al Padre, Jesús lleva consigo su carne, su ser hombre, las primicias de la humanidad entera. En la cruz, al entregarse a sí mismo, queda como fundido con Dios y transformado en un nuevo modo de ser, en el que ahora está siempre con el Padre y al mismo tiempo con los hombres. Esta es la Pascua de la nueva y definitiva Alianza, sellada con la sangre de Cristo, el verdadero Cordero pascual de Dios, que quita el pecado del mundo.

***Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo"*** (Jn 13, 1). Dios ama al hombre y no lo abandona en su caída. Él ama hasta el fin. Dios es Padre y es amor. Y nos muestra su amor con el envío de Jesús al mundo, para darnos su vida. **El acto principal de amor de Jesús hasta el extremo es su muerte en la cruz y la institución de la Eucaristía, que** actualiza su muerte redentora hasta el fin de los tiempos. Desde la cruz, el amor de Cristo nos atrae y nos incluye en su paso a la gloria del Padre. Y en la Eucaristía nos da a comer su cuerpo entregado por nosotros, y a beber su sangre derramada para el perdón de los pecados. Así recibimos la redención, el ser partícipes de la vida de Dios y de su amor eterno, a los que tiende toda nuestra existencia. Cada vez que comemos su cuerpo y bebemos su sangre, hacemos presente el sacrificio de su cruz, hasta que el Señor vuelva en gloria al fin de los tiempos (cf 1 Cor 11, 23-26).

**El lavatorio de los pies** es otro gesto de amor hasta el extremo, que expresa el significado de la misión de Jesús. El Hijo de Dios se despoja de las vestiduras de su gloria, se ciñe el "vestido" de la humanidad y se hace esclavo. Lava los pies sucios de los discípulos y así los hace capaces de estar abiertos a Dios y la comunión con él, los viste de fiesta para entrar al banquete divino al que los invita.



Carlos López Hernández

Además, el gesto de lavar los pies es también un ejemplo de Jesús que lleva consigo un mandato de obrar para sus discípulos. El discípulo necesita primero dejarse lavar por Jesús para tener parte en su vida; y debe después manifestar su condición de discípulo lavando él mismo los pies de los hermanos. Con estos gestos debe aprender continuamente el discípulo que la grandeza de Dios es diversa de nuestra idea de grandeza; que consiste precisamente en abajarse, en la humildad del servicio, en el amor hasta el despojamiento total de sí mismo.

Todos necesitamos el "lavatorio de los pies": ser lavados por Jesús de los pecados de cada día; y lavarnos los pies unos a otros, es decir, perdonarnos, para sentarnos junto con Jesús y con los hermanos a la mesa del banquete de la Eucaristía.

**"Vosotros estáis limpios, pero no todos"**, dice el Señor (Jn 13, 10). En la primera parte de esta frase se revela el gran don de la purificación que él nos hace. Y al añadir *"pero no todos"* sugiere que existe el misterio del rechazo, que con la historia de Judas se hace presente. El amor del Señor no tiene límites, pero el hombre puede ponerle sus fronteras.

Lo que hace al hombre no estar limpio es el rechazo del amor de Dios, el no querer ser amado, el no amar. Es la soberbia que no quiere reconocer que necesita purificación y se cierra a la bondad salvadora de Dios. En Judas vemos con claridad esta cerrazón y rechazo. Se endurece y no llora amargamente su pecado como Pedro; se siente incapaz de conversión y de realizar el confiado retorno del hijo pródigo; por ello, se cuelga de un árbol y arruina su vida. Es el hijo de la perdición.

El Señor nos pone en guardia frente a la autosuficiencia y nos invita a imitar su humildad y acoger su misericordia. Por más perdidos que podamos sentirnos, nos invita a volver a casa y a permitir a su bondad purificadora que nos levante y nos haga entrar en la comunión de la mesa con él, con Dios mismo y con los hermanos.

**"También vosotros debéis lavaros los pies unos a otros" (Jn 13,14)**. Hemos indicado ya que este mandato incluye el perdón mutuo. Pero se refiere también a cada obra buena hecha en favor del prójimo, especialmente en favor de los que sufren, de los que padecen las consecuencias de cualquier clase de pobreza y de los que son poco apreciados. El Señor nos invita a despojarnos de la soberbia egoísta y a aprender la humildad y la valentía de la bondad; nos llama a ser misericordiosos como el Padre, imitando su amor.

**"Os doy un mandamiento nuevo: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos"** (Jn 13, 34-35). El "mandamiento nuevo" no es una norma que antes no existía. Lo nuevo es el don del Espíritu de Dios, que nos hace tener la mente, los sentimientos y las actitudes de Cristo. En vista de lo lejos que estamos de amar con el amor de Cristo, debemos pedirle hoy al Señor con especial insistencia que el don de sí mismo en la Eucaristía infunda en nosotros su amor y nos haga capaces de



Carlos López Hernández

cumplir su mandamiento nuevo. La Eucaristía es la fuente de donde brota la capacidad de amar como Jesús nos ha amado.

“*Haced esto en memoria mía* (1 Cor 11,24). Con estas palabras nos dejó el Buen Pastor los dones de la Eucaristía y del Sacerdocio, para que no falte nunca a sus ovejas el pan de vida y la guía y protección.

La Iglesia agradece hoy con alegría el don del sacramento del orden y el servicio pastoral de sus sacerdotes; y encomienda al Señor la tarea de promover y cuidar las nuevas vocaciones.

Prologamos esta celebración en la adoración del Sacramento de la Eucaristía y en la acción de gracias por todos los dones de su amor.

Salamanca, 24 de Marzo de 2016